Un beso de lluvia
Anu Nylund

Pensamientos sobre la vida, la naturaleza y el amor

El libro está dedicado a un cuervo y a un niño, a Daniel.

© Texto y fotos Anu Nylund 2024

Llegada

Me paro y miro este lugar sin ver nada especial. Mi mente está abrumada por la desagradable sensación de ser una extraña, y todo lo que escucho es el sonido de mi propia respiración que se ha vuelto más frecuente al correr. Trato de encontrar algo que me devuelva la mirada y asiente como diciendo que soy bienvenida en este lugar. Pero este encuentro no ha sido fácil, por una buena razón.

Si esto fuera demasiado fácil, podría simplemente pasarme, mirar e irme a otro lugar nuevamente. No beneficiaria a este lugar y yo también quedaría demasiado vacía, las imágenes huecas.

Cuando me atrevo a entregarme a los sentidos, lo primero que siento es algo fresco en mi piel, como un arroyo que me limpia la cara. No puedo atraparlo, va y viene, con tanta delicadeza que es imposible agarrarlo. Me doy cuenta de que las hojas del abedul que están a mi lado juegan con ese mismo aliento. El viento, una pequeña brisa, me ha encontrado y quiere darme la bienvenida. Ahora, por fin me han notado.

Pronto el viento cobra coraje y agita las hojas de abedul como para probar su capacidad para permanecer donde han crecido de las diminutas orejas de ratón. El viento agarra una rama que ha caído al suelo y la hace girar hacia la superficie del estanque que brilla aún más. ¿Por qué quiere hundirlo en ese estanque ahora, hubiera sido mejor que la rama continuara descomponiéndose en esa colina de musgo?

Una pequeña rama adquiere tal fuerza de su nueva amiga que puede romper la superficie de un estanque entero, asustando a las ranas que se pasean por su orilla y reflejándose en la superficie del agua.

Afortunadamente, la rama no se hunde, sino que permanece en el vórtice de patrones de agua semicirculares formados por el movimiento.

El movimiento empuja la rama hacia la orilla, y allí nada hasta que un cachorro de zorro que ha llegado a la orilla del estanque la agarra en su boca y la lleva a esconderse detrás de una roca.

En un agujero en la misma roca, el zorro vive con su madre y sus hermanos, a veces yendo demasiado lejos, siendo aún demasiado pequeño.

El estanque no es especialmente un buen lugar para un zorro que es más desafiante que su tamaño y casi no sabe nadar.

No me fijo en el zorro, y huye mucho antes de que encuentre el estanque. Ya no veo la rama, y eso es molesto.

Lo que más me molestó, sin embargo, es lo que sucedió antes de irme al bosque y la sensación que me dominó con los ojos en blanco al sentir la brisa.

Un poco de viento secó las lagrimas de mi mejilla como se secan las pequeñas gotas de las hojas de arándano.

Cada gota tiene un significado en el ciclo de la naturaleza viva, y las lagrimas tienen un significado en la historia de mi vida.

Cuando llegué al estanque, ya había corrido, tropezado, caído y levantado. El dolor se convirtió en un poco de ira, que el estanque ahora tenía que aceptar. Me molestaba la imagen demasiado perfecta de los árboles, el sol y las nubes que proyectaba en la superficie. En un momento como este, cuando estoy destrozada, ¿cómo se atreve a representar un paisaje tan perfecto, en un silencio inquebrantable?

Tierra

Tomé un cono de pino del suelo y lo arrojé furiosamente al estanque. Me arrepentí de lo que había hecho cuando miré el cuadro roto; Qué derecho tenía yo a tocar el cono que había terminado allí, tal vez para esperar una vejez digna y una descomposición. Entré en pánico, olvidé mi propio dolor, me desvestí y salté al estanque para rescatar el cono flotante.

Entonces la paz de todo el estanque desapareció. Los pequeños peces chocaban entre sí en busca de una ruta de escape, y el chapoteo de mis pies arrancaba la vegetación dormida del fondo del estanque hasta la superficie.

La araña de agua parecía contener la respiración cerca de la superficie del agua, sin atreverse a salir a la superficie para respirar. Ahora estaba alarmada por la confusión que había causado y rápidamente nadé hasta la orilla.

En el estanque, quise vestirme, ir donde la ropa, enérgicamente y sin que nadie me notara, pero el pantano que rodeaba el estanque no estaba de acuerdo.

Me obligó a humillarme, a arrastrarme un rato para alcanzar suficiente terreno de apoyo, y sólo entonces pude continuar mi viaje a pie.

Pero ahora no tenía prisa por levantarme, el suelo debajo de mí se sentía suave, los olores y el silencio a mi alrededor eran perfectos.

Tumbada en el pantano, observé la suave danza de la lana al ritmo del familiar viento.

Me calmé y cerré los ojos, dejé que el pantano sensibilizara mis sentidos y me hundí en una despreocupada sensación de libertad con los olores de la infancia y el zumbido de una abeja.

El hermoso susurro me despertó para recordar que mi viaje hacia mi ropa había quedado inconcluso. Me pregunto si me había quedado dormida o simplemente pasé brevemente a algo a lo que ya rara vez llego.

Conciliación

En busca de un nuevo lugar de aterrizaje,
había nadado demasiado cerca
de un nido hecho de plantas costeras.

Cambié de dirección y me detuve
más lejos para disfrutar del grito del colimbo.

¿Tengo derecho a
toda esta belleza?

Después de todo, soy una gran carga
para esta armonía y naturaleza
acostumbradas el uno al otro.

Llevé el cono que había rescatado al mismo lugar donde lo había cogido. El majestuoso y sinuoso pino a su lado parecía asentir como disculpándose, susurrando su gratitud por la posibilidad de un final lento. En cualquier caso, el cono ya había hecho su parte, se había permitido que las semillas se desarrollaran en su interior y habían volado por su propia cuenta. Así que no destruí la oportunidad de vida del nuevo árbol.

De acuerdo con las reglas hechas por seres humanos, tendría el derecho de tomar ese cono del suelo y llevármelo a casa en mi bolsillo, pero me pregunto qué me diría la naturaleza. Aunque había desempeñado su papel en la producción de nuevas semillas, seguramente no sería digno de que pasara sus últimos años en mi estantería. O en la mesita de noche.

Aunque sumergirme desnudo en la charca habría causado confusión y miedo, estaba más cerca de esta naturaleza que ahora, vestida y con las suelas de mis zapatos aislando el suelo. El sol jugó conmigo, alcanzándome con sus rayos a través del agua, como si sintiera que ahora necesitaba consuelo.

La sensación de ser una forastera y un momento melancólico me recordaron la razón por la que me había adentrado en el bosque. Había dejado atrás el entorno urbano construido y ruidoso y había buscado refugio aquí, buscando apoyo y consuelo. La naturaleza puede ser a veces aterradora e impredecible, pero siempre hermosa y misericordiosa. Me recibe tal y como soy.

Intruso

Una verdadera emergencia llegó al bosque más tarde. Los gritos agudos de los pájaros se escuchaban a mi alrededor.

Las aves acuáticas practicaban sumergirse en nidos para proteger a sus crías, que aún no volaban. La madre zorra vigilaba en la entrada del agujero de la cueva para asegurarse de que los polluelos curiosos no huyeran.

Las hojas de los arándanos parecían proteger sus bayas,los abedules para contener la respiración. Fui la última en darme cuenta de que el intruso se dirigía hacia esta paz.

El perro del excursionista, olfateó y agarró bayas y luego notó que la cría de liebre estaba separada de su madre, y fue tras ella ladrando ferozmente, llamándola a jugar.

El ladrido resonó detrás del estanque y solo se detuvo cuando el silbato del dueño llamó al perro para que regresara al camino elegido.

La liebre, presa del pánico, buscó a su cachorro y entrevistó a los restos babeantes del perro mientras limpiaba su pelaje.

El pequeño liebre ahora tenía un olor extraño, pero por lo demás la situación estaba superada por un susto.

El abedul se relajó y lo oí suspirar.

Gracias por el amor que me rodea

Luego encontré un árbol robusto, me apoyé en él, lo rodeé con mis brazos como solía hacerlo contigo. Saboreaba su tronco como te había saboreado a ti. Yo estaba allí y lo único que podía hacer era respirar. Finalmente, agradecí al árbol y lo acaricié suavemente, preguntando cuántos años tenía y si era la única que había buscado consuelo en él.

Me senté y toqué suavemente el musgo, deslicé mis dedos a través de él con cuidado, como tú habías pasado tus dedos por mi cabello. Recordé las risas, los gritos, la canción y los rápidos.

Yo sonreía
mientras tú reías, el
viento nos acariciaba.

Tú gritaste y yo susurré en
voz baja, confiando en que el
bosque nos estaba esperando.

Cuando tú cantabas,
yo tarareaba como el agua
acaricia las piedras.

En el rugido de los rápidos,
grité que te amo, y no
escuché lo que respondiste.

Ya no importa porque te fuiste. Así de simple, sin importar en qué etapa de mi florecimiento se encontrara entonces. Sin embargo, estaba lejos de que la flor se marchitara, por lo que no había tenido tiempo de hacer los preparativos para rendirme. Supongo que no me lo habría anticipado, aunque me hubieras dejado sin regar poco a poco y dejándome secar ante tus ojos.

Un pino, acostumbrado al vuelo de las semillas, podría haber contemplado con envidia la escena en la que dejo que las coloridas semillas del amor fluyan a mi alrededor como polvo de estrellas.

Incluso si el pino en su momento hubiera tratado de recordarme que se debía permitir que las semillas se desarrollaran y maduraran en paz, no lo habría escuchado. Y ahora, ahora mi corazón ha explotado en pedazos, y los pedazos no tienen alas como las semillas de piñas, llevando el vuelo hacia el suelo de las nuevas posibilidades.

Tenía hambre y sed.
En el camino, recogí fresas silvestres, las cargué con cuidado con la mano y no me atreví a comer.

Pensé que podría ser capaz de armar un corazón nuevo, intacto y hermoso para mí.

Sabía que sobreviviría, por supuesto.
Mi corazón sana, los arañazos me recuerdan la vida.

Dejé las fresas en el suelo y esperé
que alguien que realmente las necesitara para sobrevivir las encontrara.

Me detuve a beber agua del manantial,
tomé el agua en mi mano y la bebí en mi boca.

Miré mi propia imagen en la superficie del agua, igual como solía hacer cuando era niña, entonces con el pelo revuelto, manchas de arándanos en el vestido y botas amarillas puestas.

He visto en las fotos los ojos brillantes y la expresión curiosa de esa niña. ¿Qué sabía la niña de las fotos sobre un corazón roto y, sin embargo, eso es exactamente lo que esperaba experimentar? Sin un gran amor, el corazón no se puede romper, hay que correr ese riesgo.

Le dije a la niña que no era la primera vez que iba al bosque a caminar así para recoger pedazos de mi corazón. Le oí decir que no importa, el bosque siempre es acogedor y el aire limpio fortalece el corazón. Y no era la primera vez que caminaba a mi lado.

Estoy lista y el cuervo lo sabe

La noche se hizo más oscura, pero no me atreví a irme, ahora que me había calmado de nuevo y mi corazón comenzó a sentir algo más que tristeza. Estaba a salvo y mi mente en calma. Conocí a mi nuevo amigo que se llama solo. Le pedí, cuando encendí la fogata que no se convirtiera en un amigo llamado soledad. Ya tengo suficientes amigos, anhelo al tierno portador de mi corazón.

Mientras observaba el resplandor de las chispas de la fogata, supe que estabas dando vueltas en algún lugar cercano y confirmé mi corazonada con los primeros sonidos. No me equivoco de ti, aunque a veces intentes cambiar tu llanto por otra cosa.

Tu curiosidad supera a la timidez y al final eres tú quien quiere escuchar toda la historia, en términos honestos, sin dejar nada fuera. Hoy no estaba muy dispuesta a tener una conversación porque pensé que aprovecharías tu oportunidad para dar consejos, con la experiencia de una pareja leal y comprometida con una relación para toda la vida.

En tus primeros sonidos ásperos,
creí oír burlas y asombros.

Me recordaste que no era la primera vez
que estaba en estas cosas y por eso en el bosque.
Habías aprendido a gritar: "¡Otra vez, qué diablos!

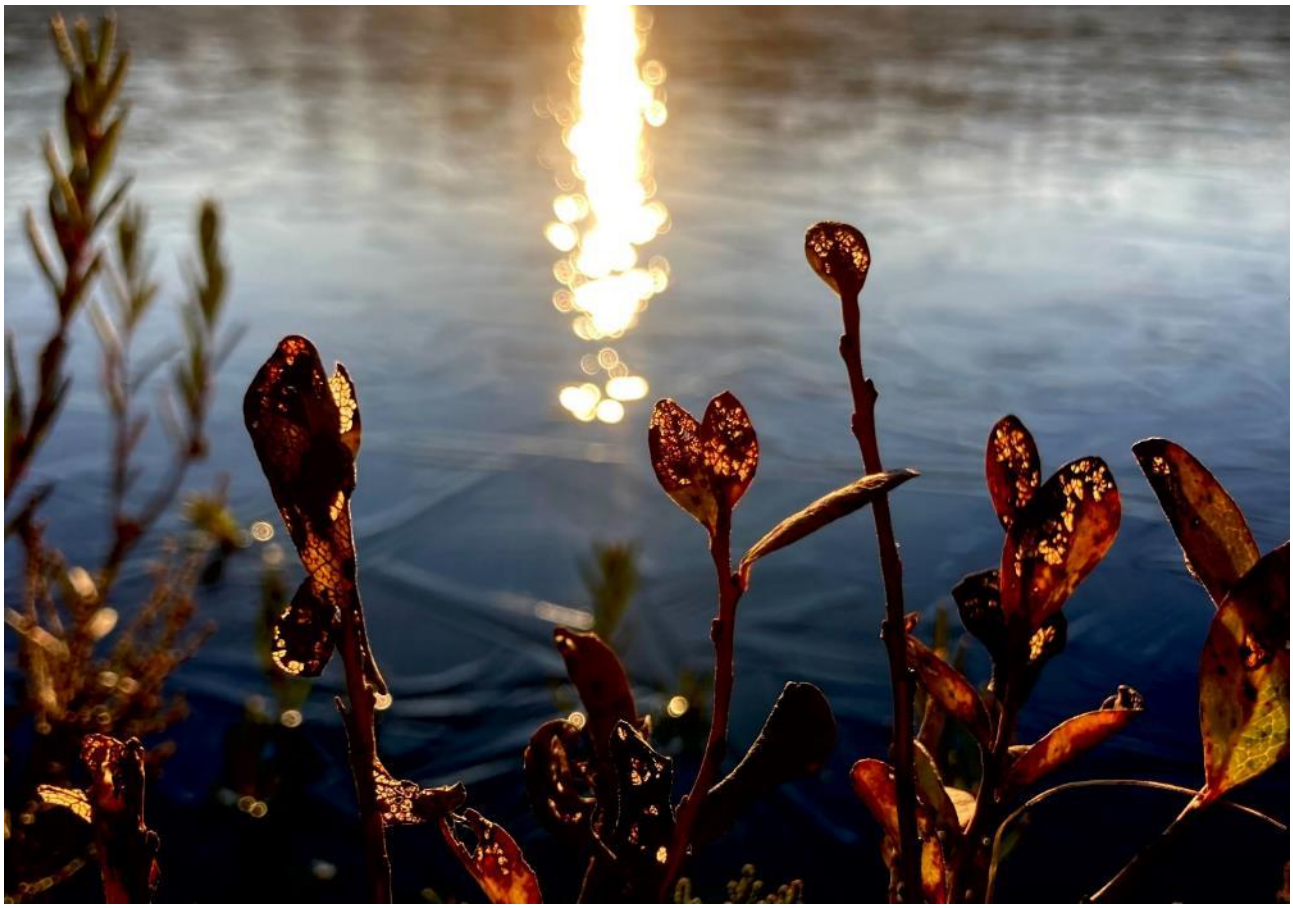
Así que yo también grité
y te dije que te fueras volando,
pero te quedaste.

Hacías ruidos fuertes, a veces casi pitando y disculpándote. Finalmente, escuché compasión y comprensión en tu voz.

Cuando me alejé me seguiste escondiéndote como siempre, pero a veces tan cerca y gritando tan fuerte que sabías que me estabas asustando. Entonces te reíste, aunque afirmaras lo contrario.

Supongo que me estás poniendo a prueba si creo en las viejas creencias de que eres el portador del mal o si capturé tu sabiduría y tus recuerdos de los textos indígenas.

Hemos llegado a un acuerdo justo y respetuoso de que ambos tenemos derecho a este lugar. Yo tengo derecho a visitar, tú tienes derecho a vivir.



Así que no me sigas demasiado lejos.
Estar ahí, porque no hay nada que quieras en el mundo construido.
Sí, escucharé tu voz, sentiré sus diferentes tonos, cuando vuelva. No te olvido.

Volveré, porque aquí está todo: el arroyo, la niebla, el sol y tú, así que no me sigas.
La naturaleza solo produce sonidos hermosos y la oscuridad ilumina.

Ahora quédate ahí, no necesitas nada aquí, ni tú ni nadie más de donde vives.
Definitivamente te decepcionaría, yo también estoy decepcionada.

Vengo a ti porque echo de menos la niebla, el estanque, el eco y tu grito familiar.
Echo de menos el olor del pantano y el agua limpia del rio.

Tarareo la canción de mi vida

Mi hijo aprendió a imitarte incluso antes de aprender a leer. Estoy contenta por ello; si soy demasiado frágil y débil cuando sea vieja y ya no pueda ir al bosque, le pediré a mi hijo que imite tu voz. Entonces vuelvo al momento en que me tumbo en la marisma, veo bailar la lana y huelo el olor de la tierra

Y cuando estoy débil y cansada le pido a mi hijo que me lleve al bosque y me deje dormir en una esterilla de musgo junto a la charca para que pueda ver las nubes, el sol y la libertad.

Mientras estoy acostada allí, las lágrimas fluyen hacia el mismo suelo que siento debajo de mí. Entonces los dos, mi hijo y el cuervo, sabrán que no lloraré por tristeza, sino por el amor que me rodea. No por frustración, sino por la esperanza que siempre me ha llevado. No por el dolor de dejar ir, sino por gratitud por lo que ha sido.

Con los rasguños de mi corazón, tarareo en silencio la canción de mi vida. El viento toca mi cabello como una vez fue tocado con ternura y cuidado. Recuerdo la sonrisa, el susurro y el rugido de los rápidos. Las pequeñas olas que golpean la orilla me calman para dormir.

La lluvia me da un beso en la frente.